

MARTÍNEZ BLAYA, FOTÓGRAFOS

Joaquín Giró Fernández y Ana Romero Tovar

Fotógrafos documentalistas. Estudio fotográfico *Senda de lobos**

En el corazón vibrante de la histórica ciudad de Cartagena, Murcia, en la siempre emblemática y transitada calle Jara, se erigió una institución fotográfica que ha dejado una huella indeleble en la historia visual de la región de Murcia. Este lugar, testigo de innumerables momentos capturados a través de sus cámaras, es el Estudio Fotográfico Martínez Blaya. Fundado en el año 1932, éste fue el fruto de la visión y el talento de dos figuras prominentes del arte fotográfico de la época: Juan Martínez Blaya (1890 -1975), y Antonio López Pérez (1904-1982) (Figura 1).



Figura 1. Antonio López Pérez y Juan Martínez Blaya. 2º y 3º por la izda. Estudio calle Jara. Fuente: Archivo Martínez Blaya.

*joaquina@sendadelobos.com
anartovar@sendadelobos.com



Figura 2. Antonio López Ruiz. Estudio calle Jara. Años 30.
Fuente: Archivo Martínez Blaya.

Desde su fundación, el Estudio Fotográfico Martínez Blaya se convirtió en un referente en la ciudad de Cartagena, y se erigió en un pilar fundamental para la documentación visual de la región de Murcia. Por su ubicación estratégica el local no era simplemente un lugar donde se tomaban fotografías; era un espacio en el que se immortalizan los momentos más significativos de la vida de los cartageneros y de los murcianos en general. Aquí se capturaban desde los retratos más íntimos y personales hasta los eventos públicos de mayor relevancia, conformando un archivo visual que hoy es invaluable para la memoria histórica de la región.

Juan Martínez Blaya, con su aguda visión artística y técnica, y Antonio López Pérez, con su inquebrantable dedicación y pasión por la fotografía, unieron sus talentos y conocimientos para crear un establecimiento que se destacaba por su excelencia y profe-

sionalidad. Sus retratos eran más que simples imágenes; eran verdaderas obras de arte que capturaban la esencia de sus sujetos, la luz y la sombra, la textura y la emoción. Bajo su dirección, el establecimiento se especializó en una amplia variedad de disciplinas fotográficas, incluyendo la fotografía de estudio, industrial y publicitaria (Figura 2).

El legado de estos dos pioneros de la fotografía se extiende mucho más allá de las imágenes que produjeron. Su influencia puede verse en las generaciones de fotógrafos que siguieron sus pasos, inspirados por el estándar de calidad y creatividad que establecieron. El estudio Fotográfico Martínez Blaya se convirtió en un camino de innovación y maestría en la fotografía, un lugar donde la técnica y el arte se fusionaban para crear algo verdaderamente extraordinario.

El local emergió bajo la sombra de la sabiduría del renombrado fotógrafo José Casaú Abellán, en cuya galería ambos fundadores habían perfeccionado su arte y conocimiento. Este maestro de la lente y gran comerciante les inculcó una pasión por la fotografía, que se reflejó en el distintivo estilo de retrato social que desarrollaron en su propio espacio. Pero la historia comienza años antes.

En el año 1930 se trasladaron al local dirigido por los Haro, situado en la céntrica calle cartagenera Jara, 41, bajo el nombre comercial de Júpiter. Juan Martínez Blaya, además de ser amigo de Juan de Haro, había realizado trabajos diversos para él. En aquel tiempo, Juan y Antonio no eran fotógrafos que tuvieran una gran fama ni prestigio fotográfico personal, siendo solamente conocidos en la ciudad como empleados de José Casaú. El anhelo de obtener reconocimiento por su propio trabajo los motiva a buscar un lugar que les permitiera destacar y competir con los demás fotógrafos de la zona de influencia de estos negocios. Esta aspiración, sumada a las circunstancias ya mencionadas, los llevó a optar por el establecimiento de Haro, que no solo les ofrecía una ubicación prestigiosa, al estar dirigido por un fotógrafo de mucho renombre en la ciudad desde finales del siglo XIX, sino también una infraestructura y equipamiento técnico óptimos para ejercer su profesión.

Este conjunto de intereses coincidió en 1930, dando origen a una sociedad formada por Juan de Haro, Juan Martínez Blaya y Antonio López Pérez. En un principio, operaron bajo el nombre de Haro, para más tarde crear su propia marca comercial.



Figura 3. Fachada Martínez Blaya, Calle Jara. Años 40.
Fuente: Archivo Martínez Blaya.

El Eco de Cartagena de 2 de noviembre de 1932 recogía la noticia de la apertura de este nuevo gabinete fotográfico: “Nuestro amigo Juan Martínez Blaya nos comunica haber adquirido la antigua Fotografía de Haro, de la calle Jara, donde nos ofrece sus trabajos con todos los adelantos de la industria moderna. Le deseamos mucha suerte” (Figura 3).

En los años cuarenta, el se vio enriquecido por la incorporación de la segunda generación de fotógrafos, los hijos de López Pérez: Antonio López Ruiz (1931-2002) y José López Ruiz (1932). Estos nuevos talentos perpetúan la tradición de los retratos y amplían el horizonte del para incluir la documentación de eventos sociales e industriales. Entre sus encargos más notables se encuentra el meticuloso trabajo realizado para la refinería de petróleo de

Escombreras, que evidenció su capacidad para capturar la esencia de los desarrollos industriales de la época.

La tercera generación de fotógrafos del Martínez Blaya, representada por José López Sarget (1970) y Antonio López Mateo (1959), trajo consigo una visión artística renovada. Estos fotógrafos continuaron con la tradición del retrato y la fotografía documental y explo-



Figura 4. Antonio y Pepe. Estudio calle Jara. Años 90. Fotografía de Carlos Gallego. Fuente: Archivo Martínez Blaya.

raron el mundo del arte, utilizando la fotografía como un lenguaje creativo para la experimentación. Este enfoque innovador les permitió mantenerse en una posición relevante en una era de vertiginosos cambios tecnológicos y culturales (Figura 4).

A finales de los prósperos años noventa del siglo XX, el fotográfico experimentó una expansión significativa al sumar un nuevo talento a su equipo. En este caso, el nuevo integrante no pertenecía a la familia por vínculos de sangre, pero con el tiempo se convirtió en un miembro de la misma. Este fotógrafo era Joaquín Giró (1968), cuya pasión y habilidad en el arte de la fotografía ya había dejado una marca notable en el ámbito independiente.

Uno de los hitos más destacados de este equipo fue su trabajo en la creación de la imagen para las memorias anuales de la Autoridad Portuaria de Cartagena. Este proyecto no solo requería habilidad técnica, sino también una sensibilidad especial para capturar la esencia dinámica y vital del puerto y su entorno.

Además, todo el talento reunido brilló especialmente en el ámbito de la fotografía publicitaria, donde su enfoque meticuloso y su capacidad para capturar la esencia de las marcas más selectas fueron altamente valorados. Su habilidad para comunicar visualmente las cualidades únicas de cada producto o servicio posicionó al como un referente en el mercado publicitario tanto local como nacional.

Este período marcó una era de crecimiento y consolidación para el estudio fotográfico, en el que la integración de Joaquín Giró amplió su capacidad técnica y creativa y fortaleció los lazos humanos dentro del equipo. Juntos, continuaron forjando un legado de innovación y calidad en la fotografía, dejando una impronta duradera en cada imagen que creaban y en cada cliente que confiaba en su arte.

Con el transcurso de los años, y específicamente al inicio de la primera década del siglo XXI, el local experimentó un significativo cambio de ubicación. Se trasladó con notable éxito a la calle Juan Fernández número 18. Durante un breve periodo de tiempo, ambos estudios coexistieron: el antiguo en la calle Jara y el nuevo en Juan Fernández. Sin embargo, esta dualidad no perduró mucho, ya que finalmente se decidió cerrar el de la calle Jara, concentrando así toda la producción fotográfica en el nuevo y moderno establecimiento.

Muy pronto destacaría por su innovadora combinación de la fotografía tradicional, específicamente los procesos fotoquímicos, con las emergentes técnicas digitales que comenzaban a ganar popularidad. Esta simbiosis se reflejaba en la decoración del espacio y en el espíritu del lugar, que lograba fusionar un estilo vanguardista con el clasicismo que había caracterizado al desde sus inicios en la década de 1930.

La estética visual de sus retratos, con esa iluminación distintiva que se había convertido en su sello característico, continuaba marcando una diferencia notable en el sector. Este enfoque les permitió mantener una identidad única y reconocible. Además, sus proyectos publicitarios eran altamente solicitados por importantes marcas, tanto a nivel local como nacional, consolidando su reputación en el competitivo mundo de la fotografía.

En este nuevo entorno, la mezcla de tradición y modernidad se veía en los detalles arquitectónicos y decorativos y en la forma en que abordaban cada proyecto fotográfico. La atención meticulosa a la luz y la composición, heredada de décadas de experiencia, se entrelazan con las innovaciones digitales, ofreciendo resultados que deleitaron tanto a clientes de larga data como a nuevas generaciones de consumidores exigentes.

El traslado a la calle Juan Fernández 18, no solo representó un cambio físico, sino una evolución en la manera de entender y practicar la fotografía, consolidando aún más el prestigio y la influencia del estudio en el ámbito fotográfico contemporáneo.

Hubo posteriormente y antes de su cierre definitivo otras ubicaciones :que fueron en la calle Almirante Baldasano, 11 y en la calle Alfonso X El Sabio, 28.

Desde sus primeros días, la firma Martínez Blaya se destacó y fue aclamada por su compromiso con la excelencia en la fotografía de estudio. Además, se especializaron en el ámbito de la fotografía industrial y publicitaria, lo que les permitió forjar una reputación sólida y respetada en el sector. De entre las numerosas empresas de prestigio que requirieron sus servicios, la Refinería de Petróleos del Valle de Escombreras se erige como su cliente principal y más destacado. Desde la fundación de esta refinería en el año 1949 hasta los primeros



Figura 5. Familia López Ruiz. Año 1951. Fuente: Archivo Martínez Blaya.

años de la década de 1970, Antonio López Pérez, y posteriormente su hijo, Antonio López Ruiz, llevaron a cabo un minucioso seguimiento del proceso de construcción de la refinería (Figura 5).

Estos reportajes fotográficos, que fueron solicitados expresamente por la empresa, tenían el objetivo primordial de mantener un registro exhaustivo de las obras en curso. Además, se buscaba documentar el significativo asentamiento que floreció en torno a la refinería y sus instalaciones, así como otros eventos y desarrollos subsiguientes que se relacionaban con su expansión y operación. La dedicación y el cuidado con los que Antonio López Pérez y su hijo abordaron esta tarea son un testimonio de su profesionalidad y pasión por la fotografía industrial.

La labor de los fotógrafos de la firma Martínez Blaya no se limitó exclusivamente a la refinería. Su experiencia y habilidad se extendieron también a otras industrias de gran importancia, tales como la central térmica, Asur, Butano, y una amplia gama de establecimientos comerciales de renombre. Cada uno de estos proyectos fue abordado con el mismo nivel de meticulosidad y dedicación que caracterizó su trabajo en la Refinería de Escombreras.

En cada encargo, su capacidad para capturar, además de la imagen, la esencia de los procesos industriales y los ambientes comerciales les permitió ofrecer a sus clientes un registro visual que iba más allá de la mera documentación. Sus fotografías eran capaces de na-



Figura 6. Retrato de estudio Teatro Argentino. Años 50.
Fuente: Archivo Martínez Blaya.

rrar una historia, de transmitir la magnitud y la complejidad de los proyectos que emprendían, y de reflejar la evolución y el impacto de estas industrias en la comunidad y en el entorno.

Así, la firma Martínez Blaya, a través de sus décadas de servicio, se consolidó como un referente en la fotografía industrial y publicitaria, logrando un equilibrio perfecto entre la técnica y la creatividad. Su legado perdura en las imágenes que capturaron, testimonios visuales de una época de crecimiento y transformación industrial, y en la influencia que su trabajo ha tenido en generaciones de fotógrafos que han seguido sus pasos.

La magnitud y la trascendencia de los retratos realizados por Martínez Blaya, tanto en ambientes naturales como en el estudio, son innegables y de profundo impacto. Se destacan, especialmente, los retratos de los destacados artistas del Teatro Argentino, quienes, durante su estancia en Cartagena en una gira teatral de

renombre, confiaron a esta ilustre firma la creación de sus retratos publicitarios. Esta colaboración inmortalizaba la imagen de los intérpretes y capturaba la esencia misma de su arte, dejando un legado visual que perdura en la memoria colectiva (Figura 6).

Además, las numerosas fotografías urbanas de Cartagena, la mayoría de las cuales datan de los vibrantes años sesenta, constituyen un invaluable testimonio gráfico de la ciudad. Estas imágenes documentan su transformación física a lo largo de las décadas, y revelan su evolución cultural y social. Desde los monumentos emblemáticos hasta los rincones cotidianos, cada fotografía revela una historia única y una mirada profunda a la vida urbana de la época.

El Estudio Martínez Blaya, con su enfoque meticuloso y su compromiso con la excelencia artística, no se limitó únicamente a retratar figuras destacadas del ámbito cultural. También se dedicó con pasión y destreza a capturar momentos significativos de la vida cotidiana de Cartagena y sus alrededores. Bodas, bautizos, comuniones y retratos familiares fueron inmortalizados con un cuidado artístico que los convirtió en tesoros visuales para las generaciones venideras.

Así, la labor de Martínez Blaya fue una contribución al arte de la fotografía, y un testimonio auténtico de la historia social y cultural de Cartagena. Su habilidad para capturar la esencia misma de sus sujetos y entornos dejó una marca indeleble en la memoria visual de la ciudad y enriqueció profundamente el patrimonio cultural de la región.



Figura 7. La Charo. Años 80. Fuente: Archivo Martínez Blaya.

Durante más de ocho décadas de actividad ininterrumpida, el Estudio Fotográfico Martínez Blaya ha acumulado un tesoro visual de valor incalculable. Este archivo fotográfico destaca por la diversidad de sus temas y por su excepcional calidad técnica y artística. Entre sus colecciones más destacadas se encuentran los retratos de estudio, que capturan la esencia única de cada individuo con una sensibilidad y detalle extraordinarios, así como los reportajes sociales, que narran de manera vívida y conmovedora las historias de la comunidad a lo largo del tiempo (Figura 7).

La riqueza histórica y cultural de estos archivos fue reconocida desde la fundación del Centro Histórico Fotográfico de la Región de Murcia (CEHIFORM) en 2001, momento en el cual el fondo fotográfico del Estudio Martínez Blaya, junto con los de Casaú y Fernando Navarro, fue adquirido en su totalidad. Este acto aseguró la preservación de un legado invaluable y garantizó el acceso público a estas imágenes, que son testimonios visuales de épocas pasadas y de la evolución de la sociedad murciana.

Hoy en día, tras la desaparición del CEHIFORM, los fondos fotográficos del Estudio Martínez Blaya están cuidadosamente resguardados en el Archivo General de la Región de Murcia. Este repositorio se ha convertido en el guardián de la memoria visual de la región, asegurando que las generaciones futuras puedan estudiar, apreciar y aprender de la rica historia capturada en cada fotografía. Cada imagen es un documento histórico, pero también una ventana a las vidas, las emociones y las aspiraciones de quienes vivieron en tiempos pasados.